

José Antonio de Lavalle y Saavedra

En el Perú, representó la pasada centuria, la paulatina y silenciosa transición del apacible y sosegado ambiente colonial al caliginoso y turbulento régimen republicano. Quienes habían nacido en la primera mitad del siglo romántico, lograron aún alcanzar los postreros destellos de aquella dulce y pomposa Colonia, eutremezclados violentamente con esa "cosa fea, áspera y sucia" que al decir de Baroja es la vida, agravada en aquel entonces con los espasmos de los cotidianos motines y cuartelazos. No fué por consiguiente extemporáneo ni sorprendente, que aquéllos que conocieron la Lima pre - 1850, abrigaran un fervoroso y nostálgico amor por ella y se deleitaran en alabar y cantar sus pretéritos encantos que se esfumaban lentamente, actitud pasadista tan propia del romanticismo —a la sazón en boga— y que Palma supo sintetizar así en uno de sus proemios poéticos:

Fué mi embeleso desde que era párvulo,
Más que en el hoy, vivir en el ayer.

Basadre ha remarcado en uno de sus libros la supervivencia del élan colonial hasta muy tarde después de "entrada la Patria". No fué pues extraño, que, quien se había educado dentro de ese espíritu, fuera leal a él. Mientras al lado la corriente romántica destruía todos esos ideales que no pasaban de mero lirismo. Pero en quien encarnó este pasadismo nostálgico, alcanzando su máxima expresión, es D. José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra, cabal tipo del caballero tradicionalista e hispanizante. Ferviente enamorado de la Colonia y tratando de conservarla en sus galas, se dedicó con vehemencia a reconstruirla en sus esplendores y sus glorias, y en ocasiones lo alcanzó, pues poseyó el raro don de hacer amable lo que él amaba. Nunca tuvo D. Felipe Pardo un prosélito

más ardiente en la fe y en la acción de su programa ideológico que fue conservar la religión y el idioma, como únicos restos perdurables y eternos del derruido armazón colonial.

Tiene Lavalle muchos puntos de contacto con el insigne mago de las Tradiciones, mas de éste le distancia la calidad de su cariño a lo pretérito. Si bien es verdad que en Palma ese recuerdo es igualmente romántico y añorante, en el fondo bulle y se deja entrever un sedimento de ironía sana y de regocijado aticismo, que se manifestaba y a floraba cada vez que el tema diera motivo para zaherir el pasado, al cual amó Lavalle, nostálgico de las pompas virreinales, con un amor entrañable y religioso, incapaz de burlarse de lo ido. Con toda propiedad se le pueden aplicar las inmortales coplas de Jorge Manrique. Sin embargo, coincide con Palma en que ambos se consagraron con la dedicación de anticuarios o traperos, a la búsqueda y recolección de antiguas tradiciones, consejas y leyendas, que ya se iban desvaneciendo y diluyendo en el transcurso de los años y que sólo perduraban y se salvaban así del definitivo e irremediable olvido, en boca la gente del pueblo que guardaba aún imborrable el respetuoso recuerdo del Rey Nuestro Amo y Señor.

Surgió así ese género literario que ha alcanzado fama mundial acompañando al nombre de su genitor: la tradición de Palma, entretejida con los elementos menudos, delicados y graciosos que pudo suministrar la confusa memoria de alguna anciana dicharachera y beata, almacigo de leyendas, supersticiones y consejas, como la Tía Catita de las Tradiciones Peruanas. Espigó en ese mismo acervo Lavalle con iguales amenidad y maestría que Palma, al extremo de haber prohijado éste algunas de las "Chocheces" de su íntimo amigo, que, sentía igualmente como él, esa atracción y embrujamiento de lo arcaico, tan peculiar de historiadores y artistas, y que fué el distintivo de la literatura peruana del siglo XIX, impregnada toda ella de esa emocionada evocación cuyo dechado fuera el discípulo de Lista, Felipe Pardo.

Pero ese pasadismo que en el Perú se traducía inevitablemente en una cálida añoranza de la Colonia, se exacerbó en Lavalle, que no sólo fué español en su interior, sino que su estilo, cortesano y académico, arcaico en el giro y pulcro en el léxico, le

acreditaron como un literato de gusto refinado y de espíritu hispanizante.

Del matrimonio del último gobernador-intendente de Arequipa y primer alcalde constitucional de Lima, brigadier Juan Bautista de Lavalle y Zugasti con su gentil vecina (pues ambos vivían en la calle de Melchormalo), Narcisa Arias de Saavedra, condesa de Casa Saavedra, nació en el vetusto solar de los Condes de Premio Real, (José Antonio de Lavalle), el viernes 22 de marzo de 1833, es decir, en las postrimerías del agitado y revuelto gobierno de Gamarra.

Nómina de abogados del Ilustre Colegio de Lima. Lima, 1813, (Bib. Nac. de Lima. Pap. Varios. 3231).

Prosapia, riqueza y talento —que es riqueza espiritual— fueron los propicios atributos con que Lavalle ingresó en la vida. No quiso seguir el marcial ejemplo de sus antecesores —tanto paternos como maternos— pues su naturaleza fina, espiritual y selecta, se avenía poco con las burdas chocarrerías que caracterizaban al militarismo de entonces y se inclinaba más al estudio y la meditación, al cultivo de las bellas artes y las letras. Hizo sus estudios secundarios en el recién fundado Colegio de Guadalupe, regentado por el murciano Sebastián Lorente, innovador de los estudios en el Perú. Extraña paradoja: el futuro conservador —niño a la sazón—, bebía las doctrinas liberales que le explicaban Lorente y los hermanos Gálvez, parapetados en el baluarte de Guadalupe, mientras en el vecino Convictorio Carolino, Bartolomé Herrera preconizaba precisamente las mismas tendencias autoritarias y conservadoras a las que más tarde se afiliara Lavalle y que quizá por esos años rechazaba y execraba, ilusionado por Pedro Gálvez principalmente, quien a través del curso de Derecho Natural y de Gentes, le inculcaba un liberalismo muy significativo, aunque ténue y semiliterario. Cursó Lavalle en Guadalupe, con Sebastián Lorente, Filosofía, Economía Política y Literatura; Derecho natural, público, civil y penal con Gálvez, matemáticas con Lissón y artes con Ignacio Merino.

Contaba 18 años, cuando, por motivos de salud, tuvo que abandonar las aulas en febrero de 1851. En agosto del mismo año, se inicia su dilatada carrera de abnegado diplomático (que sólo termina en 1883), como si fiel a las caballerescas tradiciones ancestrales, hubiera querido seguir defendiendo a su patria, no ya con la espada y la fuerza, sino con el talento y la sutileza. Fué designado dicho año adjunto a la legación del Perú en Washington que estaba a cargo de José Joaquín de Osma y Agüero, de donde al año siguiente pasó a Roma, en donde estuvo el joven Lavalle a las órdenes del insigne Bartolomé Herrera, que había ido al Vaticano a subscribir el Concordato. No desperdició el tiempo de estada en la Ciudad Eterna el inteligente adjunto, que consagró sus ocios al estudio de la cultura clásica y en particular de la pintura, guiado por Francisco Laso, que fuera su maestro en ese amor al detalle decorativo, que después se deleitara Lavalle en remarcar en sus posteriores escritos, muy en particular en sus tradiciones y novelas.

En 1853 pasó a la legación de España, nuevamente hallóse a las órdenes de Osma y Agüero. Mas al poco tiempo retornó a América y en 1854 fué nombrado por Echenique, segundo secretario de nuestra representación en Santiago, siendo ministro José Pardo, en donde permaneció poco meses, pues el mismo año se asentó definitivamente en Lima en donde contrajo enlace con su prima, Mariana Pardo y Lavalle, hija del insigne letrillero.

Es el año siguiente que comienza a destacarse y refulgir con brillo propio la pluma de Lavalle. Tuvo entonces el sosiego y tranquilidad imprescindibles, para dedicarse, durante cuatro años, al cultivo de sus dilectas aficiones literarias, que eran ingénitas en él, pues ni los viajes, ni la edad ni las preocupaciones lograron amenjurar ni apagar. En 1855 —es decir, a los tempranos 22 años— hizo sus primeros ensayos en el periodismo a la sombra y bajo los auspicios de Camacho y Márquez, en "El Heraldo de Lima", dirigido por el enorme y olvidado talento jurídico de Toribio Pacheco, que supo imprimir a los editoriales, tal gallardía y sentido lógico, que hicieron a su periódico, el más popular de esos años. Por cierto que no pudo ser más halagüeña y feliz la entrada de Lavalle en la vida periodística, pues se estrenó con unos sesudos co-

mentarios a la Constitución, analizándola artículo por artículo con singulares maestría y pericia en el manejo de las doctrinas de Derecho Constitucional. Debió seguramente asombrar a sus contemporáneos el que un imberbe casi, acometiera empresa tan ruda y peligrosa por sus consecuencias, pues ya en esos comentarios dejó Lavalle traslucir su inicial conservadorismo. Esas apostillas a la Constitución, reuniólas Lavalle años más tarde, sin introducir en ellas alteración alguna, demostración de su solidez y bondad:

Proyecto de Constitución Política. Escrito por el Sr. D. Felipe Pardo y presentado a la Convención Nacional, etc., con algunas explicaciones y comentarios, por José A. de Lavalle. (Un escudo peruano). Segunda edición, Lima, 1859. Dedicatoria a Felipe Pardo. XVIII, pp. con el texto del proyecto de la Constitución. Pp. XXI - XXVI, Introducción y 282 pp. de texto con los comentarios, artículo por artículo.

Hacia junio de 1859, publicó Lavalle su primera producción literaria propiamente dicha:

Don Pablo de Olavide. Apuntes sobre su vida y sus obras, por J. A. de Lavalle, Lima, 1859.

1 retrato de Olavide y facsímile de su firma. Epigrafe de Tácito, VI pp. de Prólogo, 127 de texto, 1a. edición.

La trascendencia de esta obra está, más que en su mérito como trabajo histórico, en la ideología que esbozó en él Lavalle. Como labor de investigación histórica, el valor de este folleto es muy escaso, si bien cabe reconocer cierto espíritu de acuciosidad y de búsqueda de datos que animó a su autor a perseguir las huellas de la novelesca figura de Olavide, a quien saludó por primera vez a través de la lectura de "El Evangelio en triunfo" que suscitó en su juvenil lector el deseo de conocer más íntimamente al legendario limeño, guiándose no sólo de los muy inseguros y enrevesados datos que ministra la tradición y el recuerdo, sino aún hurgando en archivos y bibliotecas. Ya desde esta su primera producción, se puede advertir en Lavalle el depurado gusto que poseía y el sobrio y castizo estilo con que sabía revestir su expresión con galanura y donaire.

En esta biografía, mejor que ninguna de sus obras —ni anteriores ni posteriores— dejó Lavalle traslucir con tanta exactitud sus ideas religiosas y, muy en particular, sus opiniones sobre la Compañía de Jesús, al extremo que, como con entera justicia dijo J. C. Ulloa al referirse a "Olavide": "ese libro, más que enaltecer a Olavide enaltece la Compañía de Jesús".

"El Comercio", Agosto 4 de 1859

Hizo de los jesuitas y su régimen tan exagerada y desmedida alabanza, que originó una violenta polémica con José Casimiro Ulloa, discusión que se circunscribió con lozana hidalguía al terreno puramente doctrinal.

"Pablo de Olavide". Pp. 13 - 15 y muy especialmente págs. 43 - 46.

Inició la controversia Ulloa desde las columnas de "El Comercio" de mediados de junio de 1859, en las cuales anatematizaba y tachaba a la Compañía en su origen y sus constituciones como antinaturales y de funestas consecuencias para el libre gobierno de los países, haciéndose eco de las manidas patrañas liberales tan en auge en el pasado siglo y que se reducían a acusar a los jesuitas de pretender la "dominación universal". Recogió el guante Lavalle en defensa de sus ideas y llevado de su íntima y sincera convicción, se convirtió en el adalid de la Compañía de Jesús. Desde el primer artículo de su réplica, trituró y deshizo los endebles y desvaídos argumentos de Ulloa, acarreado para el caso un copioso número de opiniones propicias a su tesis. Pasma en verdad, el ver que un joven hubiera manejado con la habilidad y facilidad de un experto en la materia, infinidad de textos y barajado opiniones con sanísimo criterio, acumulando una montaña de datos apologeticos en favor de los jesuitas, distribuyendo todo en siete extensos y dilatados artículos.

"El Comercio", 25 de junio y 2, 5, 15, 18, 21 y 25 de junio de 1859.

Y no sólo los defendió en el terreno puramente especulativo y teórico, sino que, con que el apoyo de la historia paraguaya

en la época hispánica, demostró la bondad del régimen jesuítico de las reducciones. Tan arrogante, acalorada y enérgica fué la alabanza (véase muy en particular el artículo del 18 de julio), que al día siguiente y en el mismo periódico, en la viperina y terrible sección Comunicados aparecía un suelto del tener siguiente:

“Señor Lavalle. ¿Está Ud. por el comunismo? Un paraguay”. Al que contestó el interpelado en el artículo del 25 de julio, aclarando su predilección por el sistema comunal que se implantó en el Paraguay, mas nó por el irreflexivo comunismo. No obstante, considero como el artículo mejor escrito por su viril energía el del 21 de julio.

Es de advertir que todas sus citas están tomadas de obras francesas, lo cual influye indiscutiblemente en la claridad y limpidez de expresión que exhiben tales artículos. Literariamente considerados, esta primera etapa en la estilística de Lavalle, nos muestra un escritor nada más que pulcro y atildado, más nó al purista que se ha dicho de Lavalle.

Como simple dato erudito, apunto que en la sección “Asuntos personales” de “El Comercio”, bajo el rubro “El General Varela” publicó Lavalle un sentido y cordial artículo necrológico recordatorio de un militar amigo suyo, asesinado alevosamente en Cajamarca.

“El Comercio”, 1o. de agosto de 1859

Símbolo y cifra de la hidalguía de Lavalle —que remarcó Aramburú desde las columnas de “La Opinión Nacional” al decir que Lavalle tuvo toda la caballerosidad y la fé del castellano— podría ser la Revista de Lima que fundara en estrecha amistad con su antiguo rival Ulloa y con la colaboración de Palma, Pacheco, Camacho y otros, creando así el quincenario más famoso que había tenido hasta entonces el Perú después del venerable “Mercurio Peruano”. Redactó Lavalle para esta revista, a más del prospecto o presentación — muchos de sus estudios biográficos, merced a los cuales está ligado su nombre a la historia del Perú.

Regístranse en el tomo I, de la mencionada publicación, “La ejecución de Antequera”, “Un capítulo de la Historia de la Inquisición en Lima”, “Vicente Morales y Duárez”, “Abascal” y finalmente una crítica literaria.

“La ejecución de Antequera”, es, atendiendo a la escasez de fuentes históricas de que dispuso al redactar esta reconstrucción, muy encomiable artículo, que reimprimió con el mismo título en “El Ateneo de Lima”, pero considerablemente ampliado en el fondo y corregido en la forma, aunque conservando los lineamientos del primitivo. Reaparecen en este escrito los defectos de su libro sobre Olavide: tratar sobre todo y de todo menos del tema central. Aprovechó de la ocasión que le brindaba este artículo sobre la muerte de Antequera para insertar largos y difusos párrafos exponiendo sus personales ideas religiosas, de suerte que en la sección Comunicados de “El Comercio” apareció una furibunda inserción atacando a Lavalle en sus ideas religiosas y su tenaz dogmatismo. Replicóle Lavalle al anónimo en la “Revista de Lima” en la Sección Crónica de la Quincena, aclarando que “sólo quiso haber un cuadro histórico de su ejecución (de Antequera) colocándolo bajo (sic) el punto de vista de la época, relatando lo que “pasó y refiriendo las ideas que en él se abrigaban”.

“Revista de Lima”, Tomo I, Pág. 671

“Un capítulo de la Historia de la Inquisición en Lima” es la narración de la novelesca vida de un penitenciado por el Santo Oficio, tomándola de un libro impreso en Lima sobre el asunto y que era bastante escaso, de manera que sólo necesitó de resumirlo y sintetizarlo.

Este artículo fué reproducido en 1888 en “El Ateneo” de Lima y antes lo había sido en el Tomo V de la Revista de Buenos Aires.

“Vicente Morales y Duárez” es la biografía del gran diputado peruano a las Cortes gaditanas, que luego reprodujo incólume en el tomo V de “El Ateneo de Lima” y también en folleto (que es una separata de los pliegos 42 y 43 del citado volumen de “El Ateneo de Lima”).

“Abascal”, constituye, atendiendo los años por los que fué redactado, en que había manifiesta carencia de datos, un muy aceptable ensayo de biografía, opacado años más tarde por la maza de Mendiburu, de la cual se sirvió a su vez Lavalle para reto-

car la suya al reproducirla en el tomo V de "El Ateneo de Lima". No pasa de ser el estudio de Lavalle una animada semblanza, más anecdótica y anovelada que rigurosamente histórica. Y ello se debe a que Lavalle jamás fué historiador de fuste ni tampoco historiógrafo. Sus pequeñas biografías a lo más nos lo presentan como un mero aficionado a los asuntos históricos. Por eso, sus muy precarias dotes de historiador, por las que recibiera de sus contemporáneos el desmedido y fervoroso aplauso, nacido de la amistad, y que después la posteridad se ha encargado de hacer eco irreflexivamente, aparecen hoy a la luz de la crítica muy endeblés e insignificantes. Si Palma con una verdad y dos mentiras hilvanaba una sabrosa tradición, en donde no es fácil deslindar donde termina la verdad y comienza la ficción, Lavalle, con dos verdades tomadas de un libro poco conocido y algunas tradiciones y recuerdos, reconstruía una biografía, que aparece como estrictamente cierto y verídica a los ojos de los lectores poco avisados. Cabría asimilar a Lavalle —guardando las debidas proporciones de tiempo y estilo— dentro de la novela biográfica actual, de la cual aparecería como una especie de precursor. Quien atentamente revise sus estudios de historia nacional, advertirá el gran número de errores en que incurría Lavalle —algunos de ellos de grueso calibre— y que no cuidaba de enmendar al reimprimirse dichos estudios. Para lo único que tuvo dotes Lavalle fué para revivir la minucia galante o el recuerdo personal, mas no poseyó el espíritu de investigación ardoroso inherente al historiador.

Contiene este primer tomo de la Revista de Lima, a más de los artículos ya mencionados, dos sobre cuestiones de límites entre el Perú y Brasil, y Ecuador y Perú. El fácil manejo de los títulos internacionales del Perú y de los más robustos argumentos de derecho internacional, hacen pensar con fundamento y peso, que era a todas luces mejor jurista y diplomático que literato e historiador. Lo acreditan estos dos estudios sobre las cuestiones limítrofes que sostenía el Perú, muy notables por la hábil y serena defensa de nuestro país, no exenta en ciertos momentos de una leve tono irónico y mordaz contra el folleto que motivó estos sus escritos de réplica.

Artículo exclusivamente literario en este primer tomo es una benévola apreciación crítica de la magnífica oda a la Inde-

pendencia de América del ministro del Perú en Chile, D. José Pardo alias "el rey de los bohemios".

Palma "La bohemia de mi tiempo"

Ya en el segundo número de la Revista aparece la primera "Crónica teatral" suscrita por Lavalle y que versa acerca de los últimos sucesos teatrales de la quincena. Se muestra en ellos Lavalle dueño de un alquitarado sentido estético, pues detesta las zarzuelas, insinuándose como bastante entendido en Historia de la Música y en general del Arte, pues hizo la genealogía del argumento del famoso "Trovador" de Verdi (que según parece por los periódicos de la época, fué recibido friamente por el público). La apreciación crítica del argumento la considero muy acertada y sagaz, pero no podía ser de otra manera, pues Lavalle a menudo se contentaba con traducir las opiniones del crítico de la revista de "Deux Mondes". La segunda crónica analiza a Rigoletto y sus predecesores en el tema e inspiración y la tercera, reviste especial interés, porque es un meditado estudio crítico de la "Traviata" y sus antecedentes históricos, seguido de unas apostillas a su absurda y rebuscada trama, que debió ser particularmente indigesta para un espíritu tan selecto y pulcro como el de Lavalle. Pero a más de su mérito intrínseco, esta crónica tiene el muy relativo de elevarse en tono festivo y chancero a generalidades filosóficas —no desacertadas por otro lado— al establecer las innegables similitudes del desmelenado siglo XIX y su exacta encarnación: el drama romántico.

No contento con propinar los más duros calificativos a la música de Verdi, en la cuarta crónica teatral sobre la temporada lírica de 1860, alcanza a su parotismo la antipatía que profesaba Lavalle a las estruendosas cadencias de Verdi, abominando de los "horrores del drama romántico" y se inclina por la suave y apacible música de Bellini, Donizetti y Rossini (al examinar rápidamente los argumentos de Sonámbula, la Linda de Chamounix y el Barbero de Sevilla, respectivamente). Según lo habían sido los precedentes artículos, es éste en gran parte mera transcripción de las opiniones de la revista Deux Mondes. A pesar de todo, las crónicas no alcanzaron ni medianamente a competir con las exten-

sas, profundas y sesudas que, sobre idéntico asunto publicaba "El Comercio".

Desde la segunda quincena de marzo de 1861 quedó encargado Lavalle de confeccionar la Crónica de la Quincena, destinada a dar noticia somera de todos los acontecimientos de la quincena. Su condición de portavoz de la publicación inviste de cierto carácter de imparcialidad y objetividad a sus reseñas, carentes de todo otro interés que no sea el de la actualidad, del cual son meros inventarios de los sucesos ocurridos en la política, administración, etc.

Alberga este primer tomo igualmente un ensayo de novela escrito por Lavalle. El asunto no es sino una tradición ampliada, cuyos orígenes se hallan en la guerra contra el insurgente Túpac-Amaru. Si la tradición, según la definía el propio Palma, era una novela en miniatura, una novela homeopática, "El Capitán Doria" —que así se titula la novela de Lavalle— pertenece al tipo de la novela folletinesca arcaizante, con base incuestionablemente verídica y semejante por la gravedad de Lavalle con algunas de las de Walter Scott, que influyó más en Lavalle que en Palma y no es de extrañar, porque Lavalle dominaba el idioma inglés y es muy presumible que frecuentase la lectura de Scott que tan en boga se hallaba entonces. Le diferencia de Palma su mayor gravedad: si éste inventaba tipos y escenarios a su entero antojo, Lavalle flotaba como un híbrido entre la historia rigurosa y la sugestiva leyenda, aunque más se inclinaba hacia aquélla, no obstante tiene su relato un mucho de fantasía. Según lo acostumbraba en todo este género de ficciones, se aplica Lavalle con esmero a las minuciosas descripciones de los escenarios, que fueron también los mismos en que se agitaron los personajes revividos por la Gorriti, Villarán, Camacho, Palma y otros en la misma Revista de Lima. Sin embargo es preciso guardar las debidas proporciones entre el poco respeto de la fidelidad histórica y de las instituciones religiosas que hacían gala los dichos y Lavalle, venerador ferviente de ambas.

Por estas aficiones literarias a la novela, muy propias de la época, pertenece Lavalle al grupo de los románticos, aunque no fué un rimador como sus compañeros y a pesar de que le animaba idéntico fervor pasadista que a ellos, su distinción y prosapia le impidieron mezclarse con aquel grupo que secundó al altiso-

nante Velarde. Prefirió Lavalle el retraimiento y el sosiego al aplauso fácil y la loa encarecida. El estilo de este su primer ensayo de novela —fuerza es declararlo— carece de mayor relieve: llano, sencillo, sin la bullada perfección académica que ha dado en atribuirsele.

A principios de 1861 apareció "El Anuario Nacional por Alfredo G. Leubel", especie de almanaque utilísimo por las biografías y apuntes que trae y cuya parte tercera, titulada "Movimiento literario" fué escrita especialmente para este folleto por Lavalle. Contiene este breve artículo una reseña de las obras peruanas aparecidas durante el año de 1860, precedida de ciertas consideraciones generales. Se concreta a una breve exposición del tema del libro, sin enjuiciarlo. En sucesivos acápite, estudia la desdichada situación de la Biblioteca Nacional, y revista la producción científica, religiosa (reiterando su acendrado y fervoroso catolicismo), histórica y política y finaliza con un breve examen de las publicaciones diarias y periódicos literarios.

El segundo tomo de la Revista de Lima contiene un artículo inconcluso, titulado "Algo sobre el Brasil" y que son meras apuntaciones para ofrecer una ligera idea del medio físico, límites, división territorial, historia, instituciones y estado actual del Brasil. Además en la página 622, en guisa de introito o presentación, hay una nota firmada por Lavalle prolongando unas poesías del ex - ministro Manuel del Carpio.

El volumen cuarto contiene los artículos biográficos del jesuita Rodrigo de Valdés y del virrey O'Higgins y una reseña literaria sobre la novela de Cisneros "Julia".

La biografía del rimador gongórico Valdés (reproducida en el tomo V de la Revista de Buenos Aires e inalterada en el IV de "El Ateneo de Lima" con el epígrafe "Un poema y un poeta peruano del siglo XVII") es un meridiano índice de la mediocridad como historiador de Lavalle, pues no fué capaz de acopiar más noticias que las que consigna del sobrino del biografiado en los preliminares del engendro del padre Valdés. Tampoco fué capaz de hacer una crítica detenida del texto del libro, y sólo se contentó con el escarceo epidérmico e intrascendente. La semblanza de O'Higgins (reproducida en el tomo VII de El Ateneo de Lima) es un artículo harto más apreciable que los anteriores,

porque demuestra más trabajo y mayor dedicación. De haber escrito otros artículos tan razonados como éste, Lavalle hubiera merecido el título de historiógrafo con entera propiedad, pues en esta biografía revela algunos datos ignorados.

Cuando vió la luz pública el desmayado y moralizante ensayo de novela de Cisneros, Lavalle le consagró una crítica (reimpresa en la Revista de Buenos Aires en su tomo XIII) bajo el rubro: "Julia o Escenas de la vida en Lima. Romance". Pasando por alto el detestable galicismo que encierra el título y en que no reparó Lavalle, esta crítica se reduce a ofrecer una breve idea de la obra —no empeece de haberla leído con cierta prevención— y en seguida diserta sobre cuestiones literarias de alta estética como la utilidad de las novelas en las modernas sociedades y el vacío y necesidad que de ellas se experimentaba en el ambiente limeño.

Desempeñó Lavalle por estos años el cargo de diputado por Lima, expidiéndose como lucido orador de fácil locución en las legislaturas de 1860, 62 y 64 defendiendo muy en particular los principios ultraconservadores en política y católicos en cuanto a la religión. Aprovechando de unas vacaciones parlamentarias, en julio del 61 hizo una visita a Chile, auscultándolo tan íntimamente, que de esa mirada radioscópica brotaron tres artículos que insertó en la Revista de Lima: Estado económico de Chile (Tomo IV); De cómo se trasmite el mando en la República de Chile (Id. id.) y por fin, el más extenso, Chile en 1861 (Tomo V).

Es el primero —fechado en Valparaíso en 25 de julio de 1861— un breve examen de la situación económica de Chile seguido de unas severas admoniciones sobre el asunto al Perú. El segundo es un estudio de la política de actualidad en Chile y los orígenes y características del gobierno que vió Lavalle ascender al poder. El último y más minucioso —datado en Lima en enero del 62— es una ojeada sobre la situación política, administrativa, económica, literaria y social del país sureño, basada sobre observaciones personales y que no sólo se circunscribe a dar idea de las actividades de Chile en 1861, sino que se remonta a hacer una breve historia de él durante su período republicano. Consta de 17 capítulos: bosquejo histórico, hacienda pública, presupuestos, deuda pública, estadística, instrucción pública, administración de justicia, ejército y guarda nacional, marina de guerra y mercante,

comercio de exportación e importación, ferrocarriles y carreteras, establecimientos de crédito, colonización, establecimientos de beneficencia, religión, literatura y el último sobre la sociedad santiaguina.

Escritos estrictamente literarios o históricos, el tomo IV sólo contiene la biografía de D. Pedro Bravo de Lagunas y Castilla (reproducida en el tomo XVIII de la Revista de Buenos Aires). Demostró Lavalle que no le escaseaban dotes de investigador, que de no haberlas desperdiciado y derrochado en escribir insustanciales y frívolas tradiciones o desdichadas y sentimentales novelas, hubieran producido frutos más lozanos y apreciables. Recorrió todo el material impreso que hubiera podido suministrar datos para reconstruir la vida del notable abogado limeño e hizo una minuciosa genealogía de su biografiado. Conexo con esta personalidad colonial, es el estudio que sobre algunas de sus obras hizo Lavalle en el tomo VI de la misma Revista, con el título de "El Voto Consultivo", por Don Pedro Bravo de Lagunas (inserto también en el tomo XVIII de la Revista de Buenos Aires). Refundió ambos artículos en uno solo harmónico y sintético publicándolos en el tomo III del Ateneo de Lima.

El tomo VI de la tantas veces mencionada Revista contiene únicamente dos artículos de Lavalle: el primer Túpac Amaru y el príncipe de Esquilache. El primero (reproducido en la Revista de Buenos Aires, Tomo II) es un declamatorio y erróneo escrito que versa sobre la ejecución de Túpac Amaru por Toledo. El príncipe de Esquilache (reproducido también en la Revista de Buenos Aires, Tomo XII) es una semblanza biográfica carente de mayor transcendencia desde el punto de vista histórico. En cambio, en cuanto a su forma este ensayo lo considero como uno de los más elegantes y castizos de toda su producción, libre de todo arcaísmo rebuscado, pero con la prosa rica del Siglo de Oro.

Finalmente, el tomo VII incluye dos trabajos de Lavalle: Valdés y la Perricholi. El primero, que trata del médico limeño José Manuel Valdés, publicóse por primera vez en la Gaceta Médica de 1858, en la Revista de Buenos y, considerablemente reformado y ampliado en el tomo I del Ateneo de Lima del cual se hizo una separata que constituyó un folleto publicado privadamente. Es una de las mejores biografías de Lavalle por lo comprensivo y

porque supo darnos una exacta relación de la vida del mulato limeño, discípulo simultáneo de Hipólito y de Caliope, a quien seguro alcanzara a conocer Lavalle en sus tiempos de muchachez. El otro, La Perricholi creo con razón que es el artículo que ha dado fama a Lavalle, el extremo de haber sido insertado en la Revista de Buenos Aires y en infinidad de diarios y revistas de Sud América (como lo hace constar al reproducirlo en el tomo segundo del Ateneo de Lima). El ensayo de Lavalle hizo el prodigio de recoger de la obscuridad y olvido en que yacía la memoria de la picaresca comedianta limeña y de haberla realzado en sus méritos. Del artículo de Lavalle arranca aquella orla de fama que ha circundado desde entonces a la caprichosa cortesana hasta transformarla en símbolo de todo un estado espiritual, como lo hace Luis Alberto Sánchez en repetidos ensayos y libros. Supo Lavalle evocar y situar en su exacto lugar en el medio histórico de la liviana y versallesca segunda mitad del siglo XVII a la que sin eufemismos podríamos llamar la Du Barry peruana que suscita hasta nuestros días, novelas como la de Wilder que es de 1927. El artículo de Lavalle en sí, es breve y corto, pero escrito con airosa levedad y tersura de estilo que lo han hecho justamente renombrado.

En el decenio 1863 - 73 la pluma de Lavalle permaneció ociosa, pues desde febrero de 1866 viajó por Europa en calidad de simple particular, recorriendo Francia, España, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza y Alemania. Hallándose en Londres en 1873, fué nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante las cortes de San Petersburgo y Berlín. Hallándose en la primera de las citadas capitales, le cupo subscribir un abultado informe acerca el incidente peruano - japonés sobre una barca: "Exposición presentada a S. M. el Emperador de Rusia, árbitro en el caso de la María Luz. Por el plenipotenciario del Perú". Con profunda extrañeza primero y estupor luego, se pudo dar cuenta Lavalle que su elegante y bien concertado alegato era postergado y se hacía caso omiso de él, resultando a la postre que el Zar Alejandro falló en contra del Perú. Entremezcló Lavalle las rudas obligaciones inherentes a su cargo con los dilectos esparcimientos literarios, fruto de ellos es un conjunto de crónicas donosas y amenas, abundantes en juicios certeros y agudas observaciones sobre los personajes y costumbres típicas de Rusia y que fueran pu-

blicadas en "La Opinión Nacional" de Lima en los años 1876 y 77. Todos esos artículos fueron reunidos en un folleto, cuyas páginas son las más personales y gratas que brotaron de la pluma de Lavalle:

Hojas de un diario y Páginas de un libro que no se publicará. Por J. A. de Lavalle, Lima, Imprenta de "El Correo del Perú", 1878.

Desde la pág. 1 - 43, Hojas de un diario y desde la 47 - 80, Páginas de un libro que no se publicará.

En el reverso de la portada del ejemplar trunco que de este folleto contiene el volumen 2950 de la riquísima colección de Papeles Varios de la Biblioteca Nacional he hallado esta autógrafa de Palma, que no me es lícito dejar de transcribir por el carácter de confidencia que reviste. Su texto es el siguiente: "El autor "quiso hacer una edición de solo cincuenta ejemplares para sus "amigos íntimos; pero se arrepintió después de impresos los primeros pliegos que son los considerados en este volumen de Papeles Varios, R. P.", corroborado por otra anotación del mismo Palma que aparece en la página 80 del ejemplar que completo se halla en el tomo 2991 de la misma colección: "El autor no llegó a imprimir otra entrega".

La primera obra —"Hojas de un diario"— después de ser publicada por partes en "La Opinión Nacional", según ya lo expresé, fué traducida al polaco en los números correspondientes al 10 y 11 de enero de 1879 de "El Zar" de Cracovia, tirándose también una edición en folleto, reproducido a su vez en la Revista Chilena (Santiago 1879, Tomo XIII), difusión extraordinaria que prueba que deleitaron a sus lectores.

"Páginas de un libro que no se publicará", contiene los personajes que halló en su viaje por Rusia. Si "Hojas de un diario" constituyen la presentación del escenario, "Páginas de un libro" lo es de los personajes, apelando a un ejemplo moderno cabría compararla —guardando las debidas proporciones— con la obra de Ludwig "Genio y carácter". Desgraciadamente, sólo llegó a incluir tres semblanzas, porque la cuarta está inconclusa, (comienza precisamente en la última página del pliego en que se suspendió la publicación).

Examinando en particular "Hojas de un diario", no es sino la narración de su travesía por algunas ciudades de Rusia durante mayo del 70. Pertenece a la abundantísima literatura de los relatos de viajes, género que iniciara en la literatura Castellana en la primera mitad de la décimaquinta centuria. Pero Tafur con "Andanzas y viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo havidos". Nos lleva el folleto de Lavalle sucesivamente por San Petersburgo y luego por Moscú, Karkoff, Sebastropol, Odessa, Kiev, Varsovia, Dinaburgo y Riega. Tiene en sus descripciones bastante semejanza con Pérez Galdós, con cuyos "Viajes y fantasías" es muy semejante la obra de Lavalle, aunque según es fácil de colegir, el estilo nervioso y cortado del notable novelista hispano se aviene muy poco con el sereno y atildado de Lavalle. Pasando a examinar la forma, esta obrita marca la culminación del afán arcaizante que bullía en Lavalle y muestra de ello son algunas palabras (que recalcaré y no son todas ni las únicas): anublar, sonora, holgáreme, rigurosamente y sobre todo el impasable vocablo que ya había caído en desuso en los tiempos del Arcipreste de Hita: curarse por preocuparse. Pero que ese arcaísmo en el léxico no era espontáneo y natural, sino amañado, artificioso y pegadizo, se advierte en que se le escapa "amueblado", desliz imperdonable en un purista según se ha dicho del "más literato de nuestros diplomáticos y el más diplomáticos de los cultivadores de la literatura nacional".

"La Opinión Nacional" agosto 14.188.

Por obra y gracia de la irreflexiva repetición, se ha formado en torno de Lavalle el halo de casticismo y pureza en su lenguaje y de haber sido una de los más galanos escritores de la América latina. Es fuerza reconocer que comparados sus escritos con los de la mayoría de sus contemporáneos, resultan los de Lavalle como muy superiores, pues la hechiza, ininteligible y galicista jergonza que inundó las producciones literarias del pasado siglo, cierto es que no puede compararse con el claro estilo de Lavalle, más de ahí a afirmar el casticismo y purismo del estilo de Lavalle hay gran distancia.

"Páginas de un libro que no se publicará", según ya he anotado, sólo contiene tres artículos más uno trunco. Son aquellos "El Czar" (pág. 47 - 57); "El príncipe Canciller" (pág. 58 -

68); "Un ministro del Señor" (pág. 69 - 79) y éste "Mi cazador". Versan todos ellos sobre personajes rusos. "El Czar" (Alejandro II), es más que una biografía, una amena etopeya del gobernante ruso. A pesar de que éste desestimó la reclamación de Lavalle ai que he hecho referencia en la página anterior, ligereza que causó justa indignación al ministro peruano, ésta crónica brilla por la serenidad y ecuanimidad que en ella campean. "El Principe Canciller" (Alejandro Gortschakoff) es una semblanza del canciller ruso que fué reproducida en el "Correo del Perú" en su número del 5 de agosto de 1878. "Un ministro del Señor" (en "La Opinión Nacional" del 24 de marzo de 1877) es una crónica sobre un sacerdote dominico que fuera su amigo en Moscú. En fin, "Un cazador", es el emocionado recuerdo de un sirviente o factótum que acompañó a Lavalle durante toda su estadía en Rusia. (Este artículo fué reproducido íntegro en "La Opinión Nacional" del 22 de diciembre de 1876).

Pertenecen a esta misma serie de páginas recordativas, varios artículos que aparecieron dispersos en periódicos y revistas, y que no alcanzó a recopilar en el folleto tantas veces mencionado. En parte por unos datos que me comunicó mi amigo Carlos Pareja y en parte por mis propias investigaciones, he conseguido ubicar algunos, que son: "Un prefecto a pedir de boca", "El Czarewitsch y la Czarewna", "Un aventurero limeño", "Una húsar", "Disraeli", "Bismarck", Shouwaloff", "Lord Russell y "Nagy Karoly".

"Un prefecto a pedir de boca" ("La Opinión Nacional" 3 de marzo de 1877) es la burlona y chancera semblanza de un gobernador político de Moscú cuya candidez era asombrosa. "El Czarewitsch y la Czarewna" (id. id. 7 de abril del 77) son dos cortas biografías de los príncipes rusos antes de subir al trono. "Una húsar!" ("El Correo del Perú" 28 de julio 1878), es la añoranza de un incidente amoroso ocurrido a un amigo suyo, embajador en Rusia, con la entonces novia del Kaiser Federico Guillermo.

Como en 1876 Lavalle fué representando al Perú ante la corte alemana, tuvo allí ocasión de conocer —ya de lejos, ya de cerca— a los diplomáticos que se reunieron en el Congreso de Berlín, de quienes nos ha dejado curiosas semblanzas, de las cuales la primera es la referente a Disraeli (en "El Correo del Perú" del

2 de agosto de 1878), boceto biográfico muy ameno, seguido de una acertadísima etopeya del eminente canciller británico. El segundo cuadro de esta galería corresponde a Bismarck ("en "El Correo del Perú" del 3 de agosto de 1878) a quien tuvo ocasión de conocer personalmente, de suerte que nos ha trasmitido una pintoresca y verídica estampa de las extravagancias y rarezas del Canciller de Hierro. Pedro Shouwaloff (en "El Correo del Perú" del 6 de agosto de 1878) es una semblanza del embajador de Rusia; Lord Oddo Russell, D'Oubril y Nagy Karoly forman una sola pintura de los enviados de Inglaterra, Francia y Hungría (id. id. 8 de agosto de 1878). El último artículo de "Páginas de un libro que no se publicará" lo constituye "Un aventurero limeño" (en "La Opinión Nacional" del 13 y 15 de enero de 1878) que refiere la odisea de un vagabundo limeño que merced a su ingenio y despejo logró obtener alguna figuración en Europa para luego caer nuevamente en desgracia. Este artículo fué reproducido en la "Revista Peruana" (1879, Tomo II) y en el Ateneo de Lima (Tomo IV).

Contrayéndonos a discriminar la forma de estas crónicas, el estilo es ilano y carece de galas y retoques literarios. Tiene sí la claridad prístina y diáfana del pensamiento francés, que tanto influyera en él, al extremo de que se le deslizaran no pocos galicismos y manifestado muy en particular en la circunstancia de que todos sus epígrafes de los artículos reseñados, están tomados de obras y clásicos franceses y sólo muy de vez en cuando aparece alguna cita en castellano.

Entre los artículos que por esos años y sobre diversos temas publicara Lavalle y que he alcanzado a recoger, están la reseña bibliográfica del Diccionario de Mendiburu, el titulado "A Rosa", las "Cartas de un peregrino", "Merry Christmas", "Manuel Pardo" y "Vacancia y Plebiscito".

Las moralizantes apostillas al Diccionario Histórico Biográfico del Perú por Mendiburu (en "La Opinión Nacional" de 22 y 27 de diciembre de 1877) se concretan a una desaforada loa del autor del ciclópeo Diccionario y de la conveniencia de cultivar la Historia, muy en especial la nacional. "A Rosa" (en "La Opinión Nacional" del 7 de febrero de 1877) es un recuerdo añorante a una dama a la que Lavalle parece haber profesado de antiguo gran

caríño, pero no he logrado determinar quién fué la incógnita. Terminada la legislatura de 1876, a la cual perteneció en calidad de representante por Apurímac, interviniendo con brillantez e independencia en los debates, retornó Lavalle a Europa en abril de 1877. Para amenizar el viaje, redactó una especie de crónicas, de las que aparecieron cuatro.

"La Opinión Nacional", 12 y 19 de mayo, 23 de junio y 11 de agosto del 77.

Pertenecen al género epistolar y llevaban el título "Cartas de un peregrino" y fueron suscritas con el pseudónimo de Pilgrim. En la primera, describe el viaje del Callao a Panamá, en la segunda la travesía del Istmo y en la tercera su navegación a bordo de un miserable y destartalado barquichuelo. La última, cuyo subtítulo es "Un Monarca Americano" es una semblanza biográfica y le etopeya del emperador del Brasil, D. Pedro de Braganza, a quien conoció en Londres.

En "El Correo del Perú" del 30 de agosto de 1878 apareció "Merry Christmas" que es una confidencia personalísima de la navidad de dos rapazuelos huérfanos en Londres y que él cupo desempeñar el papel de benefactor. "Manuel Pardo" ("La Tribuna", 19 de noviembre de 1878) es una corta biografía del presidente del Senado y cuñado suyo que acababa de ser alevosamente asesinado y que es un artículo notable por la ecuanimidad que en él exhibe Lavalle. (Ha sido reproducido en el tomo II del libro sobre Manuel Pardo impreso con ocasión del centenario de su nacimiento, Lima, Imp. Gil, 1935). Finalmente, una inserción de política actualista referente a rumores de revolución y que con el título "Vacancia y plebiscito" insertó en "La Opinión Nacional" (del 10 de noviembre de 1877), que aquí no nos toca examinar, mereció una réplica de Ulloa ("El Comercio" del 2 de diciembre de 1877).

Regresó Lavalle al Perú a fines de 1878, y ya en el primer tomo de la novísima Revista Peruana, figuran tres artículos suyos: "Bismarck durante la guerra de 1870", que es un extenso artículo-crítico sobre un libro aparecido hacía poco; "Relaciones diplomáticas entre el Perú y Méjico" que es un extracto del libro que con igual título había publicado Núñez Ortega. Hallándose ya en Chile, envió un novelesco trabajo histórico-literario sobre el deba-

vido y obscuro problema de la esposa que vino con el conde de Chinchón al Perú y sugerido por un libro de Marckham sobre la misma materia. Mas el artículo de Lavalle que no pasa de ser un mero escarceo histórico, no puede competir ni lejanamente con el eruditísimo que sobre idéntico tema y en el mismo volumen publicó D. Félix Cipriano Coronel Zegarra.

Desempeñaba Lavalle la presidencia de la Comisión diplomática del Congreso, cuando surgió el conflicto boliviano - chileno. Deseoso el Perú de aplacar la discordia, ligado como se hallaba por un pacto con Bolivia, decidió enviar una comisión extraordinaria a Chile para proponer el acuerdo. Conociendo el gobierno peruano la experiencia y sagacidad comprobadas de Lavalle, decidió en febrero encomendarle tan espinoso cometido. Fué tan apresurada la partida del delegado peruano y tan destinadas las instrucciones que recibió del Gobierno, que al llegar a Chile y presentar sus poderes, ignoraba en absoluto la existencia del susodicho tratado secreto, que conocía Chile desde años antes. La misión Lavalle —no empero la sinceridad absoluta y el hondo anhelo de paz que animó a sus componentes— estaba predestinada al fracaso y al infortunio por la torpeza de nuestros gobernantes. Lavalle, que años antes (1861) había dicho de Chile estas frases: "La hermosa y hospitalaria nación que hoy visitamos con el vivo interés de un verdadero americano, que ve en cada una de las naciones hispano - americanas... fracciones de su inmensa patria" (en Revista de Lima, T. IV, Pág. 179), vió estrellarse todas sus abnegadas tentativas de paz ante la terquedad chilena. Por fin, el 5 de abril de 1879, el pueblo chileno trocó los argumentos de la razón por las piedras: la legación peruana en Santiago fué saqueada y entre una doble fila de soldados para resguardarlos de las iras de la chusma, Lavalle y sus subordinados partían con dirección a Valparaíso. Tan trágicas circunstancias traen a la memoria inevitablemente las discusiones que sostenía Ramón Lull con los herejes, quienes terminaban también apedreándolo y arrastrándolo por las calles.

El origen y desarrollo de su desdichada misión diplomática en Santiago, lo expuso Lavalle con serenidad y patriótica angustia en un informe inédito: "Mi misión en Chile, 1879". Ese

mismo año fué nombrado ministro en el Brasil, en donde el cultísimo rey Don Pedro de Alcántara dispensó cordial acogida y trató de mitigar en lo posible la ansiedad de Lavalle por la suerte de su patria ensangrentada, en defensa de cuya causa continuó laborando empeñosamente en el extranjero. Avizorando el lógico final de la tragedia, regresó al Perú a principios de 1881 después de un corto paseo por Europa. Perteneció al grupo selecto de peruanos notables que en setiembre de 1882 fué apresado por el invasor y desterrado un mes más tarde Talcahuano primero y a Chillán después. Juan de Arona —con quien tenía Lavalle muchas similitudes literarias— le dirigió a éste cuando se hallaba detenido en la intendencia antes de ser embarcado para Chile, unas cuartetas que revistan las principales fases de la vida literaria de Lavalle.

Hallándose en Chile, le alcanzaron las cartas del 5 de marzo del 83 firmadas por el general Iglesias, por las cuales le llamaba para encargarle de negociar la paz con Chile. Con desolada clarividencia y en la persuasión de la importancia en que se hallaba el Perú para proseguir la guerra con fruto, se declaró Lavalle activo propagandista del avenimiento, a pesar de que abarcaba la magnitud del sacrificio que se le imponía. Muestra del estoico patriotismo y la espartana entereza de Lavalle, son las siguientes líneas copiadas de su nota de aceptación: "El que la firme (la paz), " firma quizás su sentencia de muerte material, y, de seguro, la " de su muerte política. . . Me pone Ud. a elegir entre la salvación probable del Perú y mi propio sacrificio: acepto".

Fruto de la voluntad de Iglesias, de la inteligencia de Lavalle y de los esfuerzos de Castro Saldívar, fué el Tratado de Ancón suscrito por los dos últimos. Por curiosa coincidencia, cúpole a Lavalle actuar en el mismo cargo a la ruptura de las relaciones y a la firma del tratado: el de ministro del Perú. Lavalle desempeñó en estas azarosísimas circunstancias y desde el 4 de setiembre la cartera de Relaciones Exteriores. Gracias a él pudo obtener el Perú dos inmensos bienes: la paz con Chile y la reconstrucción de la Biblioteca Nacional. Inmortal diálogo el que se trabara entre el tradicionalista y el ministro de Relaciones Exteriores y que merecería ser grabado con letras de oro. Por él, Palma se volvió en "el bibliotecario mendigo" y el Perú tiene Biblioteca Nacional. El

20 de noviembre de 1883, en plena madurez y cuando aún podía prestar valiosos servicios a la Patria, Lavalle renunció al ministerio y cerró así su vida de diplomático y de hombre público, más no la de literato y hombre de letras. Durante los dos últimos lustros de su vida, con el reposo y la tranquilidad necesarios desarrolló una intensa labor intelectual: corrigió y enriqueció sus anteriores escritos, publicó dos agradables ensayos de novela y varias tradiciones a la usanza de Palma, aparte de numerosos artículos en revistas y periódicos, firmados muchos de ellos con el evocativo pseudónimo de "El licenciado Perpetuo Antañón". Hubiera podido titularse esta postrera etapa de su vida con el lema de los benedictinos: "In angello cum libello" del cual fué una de las más cabales realizaciones.

Traspuestos los umbrales de la vida pública, el primer artículo que de él conozco —aunque no es inverosímil que publicara otros previamente— fué inserto en el folleto titulado: "A los defensores de la Patria", que circuló en Lima el 28 de julio de 1885. En él colaboraron González Prada, Palma, Carrillo y otros, suscribiendo Lavalle el artículo titulado "Tarapacá" que es la descripción de la batalla del mismo nombre tomada del libro de Markham, a la sazón poco menos que desconocido en el Perú.

Al año siguiente, se fundaba "El Ateneo de Lima", una de las revistas más nacionales que ha tenido el Perú. En ella publicó, a más de los artículos aparecidos en la Revista de Lima y que ya he examinado al ocuparme de ella, nuevos estudios biográficos. En el tomo I reimprimió su asendereado "Olavide" con notorias ampliaciones y rectificaciones, enriqueciendo la biografía con nuevos datos y atenuando y aún cercenando en muchas partes la briosa apología que hiciera de los jesuitas en la primera edición. De ésta reimpresión se hizo una separata cuya colación es la siguiente:

Don Pablo de Olavide (Apuntes sobre su vida y sus obras), por J. A. de Lavalle. De la Real Academia Española en la clase de correspondiente extranjero. Corregida y considerablemente aumentada, Lima, 1885.

Dedicatoria a la ciudad de Lima. Epígrafe de Tácito, Dos palabras al lector (Pp. IX - XII). Prólogo de la primera edición (Pp. XIII - XVII), Texto Pp. 1 - 144.

Don Eugenio Larrabure y Unánue hizo una crítica bibliográfica (vid. Ateneo de Lima, Tom. cit. Pág. 88 - 90) al libro de Lavalle, en que, refiriéndose a la mencionada supresión de la parte tocante a los jesuitas, la señalaba como una mutación en la fé de Lavalle. No tardó éste en responderle (id. id. Pp. 123) en carta de 12 de marzo de 1886 en que se reafirmaba en su manera de pensar y aclaraba que la mencionada apología de los jesuitas era completamente fuera de tono e impertinente según lo reconocía él mismo. Fiel a sus aficiones de biógrafo costumbrista, escribió "Mariana Belzunce" (tomo I de El Ateneo de Lima), estampa de la vida social en la Lima del siglo XVIII y que es la misma que sirvió a Palma para trazar la tradición titulada: "El divorcio de la condesita".

En la sesión del Ateneo de 3 de octubre de 1885, leyó Lavalle una erudita biografía del conquistador Juan de la Torre que se publicó luego en la revista y posteriormente en edición particular de 250 ejemplares numerados:

Juan de la Torre (Uno de los trece de la Isla del Gallo), por J. A. de Lavalle de la Real Academia Española en la clase de correspondiente extranjero. Leído en el Club Literario de Lima, el 3 de octubre de 1885, Lima, 1885. VII de Prólogo, 63 Pp. de texto.

Esta última edición en folleto que fué corregida y aumentada con la base de la publicada en el Ateneo, mereció una reseña la Academia de la Historia de Madrid por el erudito bibliógrafo Cesáreo Fernández Duro. Demostró Lavalle con este ensayo, que poseía dotes de historiador, pues reconstruyó con levisimos yerros y en vista de documentos originales, la prolongada y centenaria vida del "trece" Juan de la Torre. Incluye finalmente este primer tomo del Ateneo de Lima "La primera doncella noble que entró en Lima" que es la biografía de Inés Bravo de Lagunas y Peralta, casada luego con Nicolás de Rivera el Mozo y progenitores de dilatadísima descendencia.

El tomo segundo contiene "La ejecución de Atequera" a que he hecho referencia ya y "Don Hernando de Cárdenas", semblanza de uno de los capitanes que tomaron parte en las guerras civiles de la Conquista. El tomo cuarto contiene una extensa y

amena hagiografía titulada: "San Francisco de Asís", suscitada por un artículo publicado en la "Revue de Deux Mondes"

En el tomo quinto hay un escrito de Lavalle sobre asuntos de historia prehispánica del Perú: "De como el Apóstol Santo Tomás estuvo en el Perú y de la participación que tuvo en la fundación del Imperio del Tahuantinsuyo", mero resumen de la fantástica y risible leyenda que trae el bárbaro Santa Cruz Pachacuti en su Crónica.

En "La Opinión Nacional" del 11 de mayo de 1889, publicó Lavalle un largo artículo sobre la "España en el siglo XVI", examen sociológico de la península de ese siglo y suscrito con sólo sus iniciales. Es uno de los más extraños artículos que he leído de Lavalle: el estilo muy aligerado de su habitual arcaísmo, frisa en algunos párrafos en el estilo cortado y nervioso del periodista moderno. Es una visión integral y muy vivida —fundada sobre muy saneados fuentes tanto históricas como literarias—, una recreación de la España exhausta y quijotesca del siglo de la Conquista de América. El 8 de junio del mismo año y en el mismo periódico, apareció otro ensayo de Lavalle: "Santa Teresa de Jesús", motivado por un artículo que sobre la santa avileña publicó la "Revue de Deux Mondes". Lo considero como uno de los mejores y más selectos artículos de Lavalle, por la sencillez y tersura del estilo y la minuciosidad en la documentación histórica.

La decena de tradiciones al estilo de las de Palma que han hecha pasar a Lavalle, a la posteridad como tradicionista, se hallan en "El Perú Ilustrado" con el rubro de "Chochees" y fueron suscritas con el simbólico rebozo de "El licenciado Perpetuo Antañón", nombre que es cifra y compendio de su arte de pasadista ferviente. Esta serie de tradiciones, surgieron por la codicia de imitar la de Palma, según lo confiesa el mismo Lavalle en el proemio de la primera.

Inicia la serie "El oidor del tabardillo" ("El Perú Ilustrado", abril 14 de 1888) un episodio estrictamente histórico de un oidor cuzqueño (Berriozábal) favorecido por el rey de España. Es el mismo hecho que trae Mendiburu en el artículo correspondiente pero con su habitual estilo, seco y desmayado y que Lavalle se encargó de reverdecer al narrarlo brevemente y con galanura. La segunda tradición, "Un presidente poeta" (28 de abril de 1888) tras de una

exagerada alabanza a las producciones de Palma, improvisa Lavalle una evocación en derredor de una cuarteta que hiciera el último gobernante de Chile, Marcó de Pont. "El hundimiento de Montesclaros (19 de mayo de 1888) luego de una empalagosa loa a las tradiciones de Palma, narra el hundimiento de una mina llamada Montesclaros. Descubre en esta tradición la receta para entretejer esta clase de evocaciones: con un proceso antiguo sobre el asunto nombre que es sifra y compendio de su arte de pasadista ferviente. y dos o tres líneas en el Diccionario de Mendiburu, levanta todo un edificio fantástico. Palma utilizó el mismo tema y título para pergeñar una estampa, que es "San Antonio de Montesclaros". "La Espada sin empuñadura" (id. 14 de julio de 1888), es un recuerdo anecdótico de la tradicional largueza y caridad del virrey Croix, que se desprendió de la empuñadura de su espada para obsequiarla a un pobre mendicante. (Este episodio también lo refirió en la biografía que comentando la publicación de las cartas del virrey del Perú, escribió en el primer tomo de "El Ateneo de 1893). "Asunto concluido" (Perú Ilustrado" del 11 de agosto de 1888). es una de sus mejores tradiciones por la fiel pintura de la época y el ameno estilo con que engalanó el tema, que versa sobre la desventurada actuación y triste muerte del marqués de Valdehoyos en la rebelión de Pumacahua, suceso que explotó también Palma en una tradición que lleva el mismo título que la de Lavalle. "Nuestra Señora del Miyafro de Corongo" (id. id. 16 de marzo de 1889), se desarrolla —tras el consabido parrafito proemial de ditirambo al Tradicionista— sobre el mismo argumento que éste utilizó con mucha gracia en "Coronguinos".

"Un alcalde que sabía donde le ajustaba el zapato" (id. id. 27 de abril de 1889) fué reproducida en la "Opinión Nacional" (del 18 de mayo de 1889) con este gorro, que es como el espaldarazo al caballero: la consagración del alumno por el maestro: "Mi amigo: esa tradición que trae hoy "El Perú Ilustrado" no puede tener otro padre que Ud. Lo felicito por ella. Algo más, se la envidio de todas veras. Un apretón de manos. Palma". Tan se la envidiaba a Lavalle, que utilizó el tema para "contarlo a su manera", es decir, adornándolo con su chispeante prosa. "De menos hizo Dios a Cañete a quien hizo de un puñete" ("El Perú Ilustrado" del 18 de mayo de 1889 y con el texto que sirvió de ins-

piración en "La Opinión Nacional" del 25 del mismo mes y año), sirvió también a Palma para entretejer su tradicioncilla titulada "De menos hizo Dios a Cañete", trazada después de leer la de Lavalle, su "carísimo compinche". Por anotación de Ricardo Palma (autógrafa) en la colección de "El Perú Ilustrado" que se conserva en la Biblioteca Nacional, venimos a saber que un artículo anónimo que apareció en el número correspondiente al 13 de julio de 1889 con el rubro "La entrada del último virrey" y que describe el ingreso del virrey Pazueta en Lima, es de Lavalle. "El vivo se cayó muerto y el muerto partió a correr" ("El Perú Ilustrado" del 4 de enero de 1890), es una enrevesada y fantástica tradición al estilo de "La misa negra" o "Traslado a Judas" de Palma.

Las mejores "Chocheces" de Lavalle son indudablemente las inspiradas en ocurrencias del siglo XVIII, que también motivó en Palma sus más sabrosas estampas, pues la galante y liviana época ofrece más y mejor tema que el austero y religioso siglo XVII y que la agitada y candente décimasexta centuria que reclama una epopeya pero no cuadros fragmenatrios. Leídas las ficciones de Lavalle de seguido, carecen de mayor trascendencia, pues no tienen colorido especial que las avalúe, faltándole como le escaseaba a Lavalle la maravillosa fantasía y el recocijado grajejo que era innato en Palma, a quien a su vez era muy deficiente en la escenografía de sus tradiciones. En cambio, las leyendas de Palma tienen auténtico sabor limeño, concordante con la índole de su autor, el primer limeño de Lima, mientras que las de Lavalle no tienen raigambre local: salvo una que otra incidencia que delata que la acción se desenvolvía en Lima, han podido tener lugar en Madrid o en México o Sevilla: y es que Palma fué el tradicionalista de Lima en tanto que Lavalle fué el tradicionalista.

Suele ubicarse con mayor exactitud a un autor cuando se le compara, no sólo con los literatos que a igual género se consagraron en su patria, sino ampliando el horizonte hasta abarcar los símiles de las literaturas americanas. Ya hemos dicho que con Palma, que es el único con quien cabría compararle dentro del Perú (pues Camacho y los más conspicuos de la Revista de Lima son meros diletantes), sólo tiene algún parecido, sobre todo en la materia de sus escritos, nó en la forma, pues el estilo de Lavalle, no era el arcaico y chispero de la época de la novela picaresca tan

característico de Palma, si no que es más antiguo (de la época de los Arciprestes y aún antes según ya lo hice notar anteriormente), retorcido y empenachado de galas y lleno de afeites y mimos, que lindan con el empalago y el atosigamiento, sobre todo cuando caía en sus floreos sentimentales, como más adelante he de hacer notar. Pero hay que reconocer de tan descontentadizo examen, que fué Lavalle, quien después de Palma, supo dar mayor amenidad a nuestra historia. Acudiendo a los símiles extranjeros, Lavalle solo podría ser comparado dentro de la literatura argentina con Obligado, cuyas "Tradiciones argentinas" pretendieron imitar las de Palma, pero quedaron en la etapa intermedia entre la leyenda y la historia, que tampoco logró traspasar Lavalle, quien lo mismo que su contemporáneo rioplatense se ceñía demasiado a los datos históricos, sin introducir la desordenada fantasía de Palma. Con el guatemalteco Batres —el padre de éste género tradicional en América—, sería violentar la razón compararlo, pues la retozona fantasía que éste ingertaba en sus relatos, superaba en mucho a la de Palma. Con quien más asemeja en su estilo y contextura espiritual, es con el conservador e hispanófilo mejicano José María Roa Bárcena, que en sus "Leyendas Mejicanas" acusa las mismas minuciosidades descriptivas en que tan pródigo era Lavalle hasta enmarañarse en ellas y trasciende el mismo añorante recuerdo de los tiempos pasados.

Conozco de toda la producción de Lavalle que he revisado, sólo un artículo estrictamente costumbrista del género cultivado por Pardo y Segura y se titula "El barbero" (en "El Perú Ilustrado del 21 de diciembre de 1889), en con rápidos y certeros trazos delineando la vida del barbero limeño de hace medio siglo, con una exactitud y nitidez que parece una pintura del Greco. Es este un escrito modelo en su género y lo considero entre una de sus más lucidas producciones; el estilo zumbático y chancero, sazonado con cierto saborcillo irónico en el fondo. Se asemeja Lavalle por cierta ternura y añorante recordación con Mesonero Romanos en España y los ya mencionados Segura y Pardo en el Perú, aunque más propio y exacto sería compararlo con Gamarra y en algunos instantes felices con Azorín, especialmente con las primacías descriptivas de éste último.

Aparecieron por esos años y fruto de la peñola del licenciado Perpetuo Antañón, algunos artículos biográficos como el

de D. Francisco Lasso, el pintor que fuera año atrás su cicerone en las ruinas de Roma (en "El Perú Ilustrado" del 24 de diciembre de 1889); el de Bartolomé Herrera (id. id. enero 18 de 1890); el de Pablo de Olavide ("El Rímac" del 25 de enero de 1890) y un recuerdo del pintor Lozano (id. id. 8 de enero de 1890). El primero fué reproducido por Jorge Guillermo Leguía en los Domingos Históricos de La Prensa (en 3 de enero de 1922) y es una breve biografía de su entrañable amigo y notable pintor; el segundo (reproducido igualmente en La Prensa del 2 de octubre del 21), es curioso por las reminiscencias personales que en él se agotan. El de Olavide es un extracto de su libro sobre el legendario personaje. El último escrito que trata del pintor Lozano y que sólo conozco a través de la incompleta Bibliografía de Lavalle por Raúl Porras (Boletín Bibliográfico de la U. M. S. M. No. 1), no he podido examinarlo pues la agilidad de manos rapaces ha hecho desaparecer de la colección de la Biblioteca Nacional el número en que se hallaba el artículo en referencia. Además, en "La Ilustración Americana" (25 de julio del 91) hay un artículo de Lavalle sobre la iconografía de Pizarro y en el del 15 de noviembre del mismo año aparece "La Gracia Olavide" en que diserta sobre la hija de su biografiado en ocasión anterior.

En el mencionado hebdomadario "El Rímac" apareció el segundo ensayo de novela debido a Lavalle (pues el primero lo fué el Capitán Doria en la Revista de Lima): Salto atrás (apud. Nos. 1, 2, 3 y 4). Fué publicado sin firma, pero se sabe positivamente que es de Lavalle por referencias que a ella hace en su tradición "El vivo cayó muerto y el muerto echó a correr" en la que aparecen varios personajes que luego actuarán en Salto atrás. Esto innecesario hacer un resumen del argumento, porque a decir verdad, es harto trivial, enrevesado y de un extraordinario rebuscamiento. El curioso nombre obedece a una de las múltiples miscigenaciones étnicas que se producen en el Perú y en torno de la cual gira toda la trama, que tiene ya reminiscencias del naturalismo que comenzaba a inficionar la literatura nacional. Reside su único mérito en detenidísimas descripciones de las habitaciones y de los paisajes con sobrios trazos, parecidos en algo a los de Manzoni; por lo demás, "Salto atrás" no pasa de ser un cuento sentimental, una novela histórica a lo Flaubert. Podríasele considerar

como una tradición alargada, un breve cuento histórico por el patrón de los de Estébanez Calderón en España o Dumas en Francia.

Por citarla la ya mencionada bibliografía de Porras, aunque no he conseguido leerla, consigno aquí "Nuestra Señora del aviso o de las Lágrimas. Estudio histórico - religioso, por el Licenciado Perpetuo Antañón, Lima, 1892.

Dedicó sus últimas energías espirituales a la redacción de los tres libros cuya publicación se hizo por entregas y que venían a satisfacer un anhelo que ya había expresado en 1860, (Anuario Nacional de Leubel, P. 283), de publicar una colección de semblanzas de todos los gobernantes del Perú —civiles y eclesiásticos— con sus respectivos retratos y firmas:

Galería de Retratos de los arzobispos de Lima (1541 - 1891). Publicada por Don Domingo de Vivero. Texto por Don J. A. de Lavalle, individuo de las Reales Academias Española y de la Historia en la clase de correspondientes. Láminas por Don Carlos Fabbri. Escudo del arzobispado limeño, Lima, 1892.

42 pp. 1 de índice. Contiene las biografías de los 24 arzobispos que ha tenido la diócesis limeña hasta ese año; y además una Historia sintética de la Iglesia Metropolitana.

Galería de retratos de los Gobernantes del Perú independiente. (1821-1871). Publicada por Domingo de Vivero Texto por J. A. de Lavalle de las Reales Academias Española y de la Historia en la clase de correspondientes Láminas por David Lozano. Lima. 1893.

Primera edición. La segunda se hizo en 1909 (Barcelona). 52 pp. conteniendo 26 biografías y 26 láminas con sus respectivas autógrafas. Comprende desde San Martín hasta Balta y con ellas, eslabonando los sucesos y concordando las fechas, legó un estimable epitome histórico-cronológico de la República.

Inspirada en la obra de Rivera "Gobernantes de Méjico" es la siguiente de Lavalle, que no alcanza por cierto ni a equiparse con la monumental del mexicano:

Galería de retratos de los gobernadores y Virreyes del Perú (1532-1824) Publicada por Domingo de Vivero Texto por Don J. A. de Lavalle Individuo de las Reales Academias Española y de

la Historia en la clase de correspondientes Láminas por Don Evaristo San Cristóval. Lima.—1891.

Primera edición. La segunda es de Barcelona (1909). Prólogo Pp. 5-8.—Contiene cuarenta biografías desde la pp. 9 hasta la 184.—Índice.

Esta última obra de Lavalle, mereció de Coronel Zegarra un exhaustivo comentario ("El Comercio" de 31 de mayo de 1892) y de Patrón una severísima impugnación, cuya prolijidad y nimia insistencia en los pormenores, hacen recordar en mucho las de los eruditos españoles del siglo XVIII (apud. "La Integridad del 25 de febrero de 1893).

En estas tres producciones de Lavalle, fué lo principal las fotografías y lo accesorio, las biografías. Con harta gracia y agudeza dijo de ellos Gabriel René Moreno (Biblioteca Peruana P. 200) que eran "libros curiosos con destino al estrado o a los saloncitos de espera".

La postrera producción literaria que de Lavalle tengo noticia es:

La Hija del Contador. Novela descriptiva y de costumbres antiguas por el licenciado Perpetuo Antañón 1893 Lima.

Primera edición.—La segunda se hizo en 1923.

Es como dice apropiadamente el subtítulo, un cuento descriptivo de costumbres antiguas, basado en un suceso real de la Lima dieciochesca: una mera tradición ampliada y desarrollada hasta convertirse en novela corta. Va precedida de una carta-prólogo de Palma que es una certera apreciación crítica. La trama de esta novela es bastante ingenua y sensiblera, pero se salva del olvido por la riqueza descriptiva del escenario que en ella se incluye y la suave emoción pasadista que como una delicada fragancia se desprende de las amarillentas páginas del folleto.

Exterioriza en esta novela, Lavalle su añoranza por la Colonia, aplicándole un calificativo que en la actualidad está de moda emplearlo le diríamos un "resentido". Y lo fué, pero no se expresó con la mordacidad de González Prada y sus congéneres, sino que patentizó su saudade por las galas de las Colonia con cierta leve ironía y tristonía nostalgia. Utilizó Lavalle esta época para entretener sus mejores escritos, de igual manera que el general Riva Palacio en México a quien se aproxima mucho en su ideología. Por

esta inmersión en época colonial ha tachado Mariátegui (Siete ensayos P. 179) a Lavalle de desvinculado e indiferente al pueblo y a la nueva nacionalidad. Ya he expresado que el ambiente colonial subsistió hasta bien tarde en el pasado siglo y que es por consiguiente, violentar el desenvolvimiento de los sucesos, pretender que estos literatos hubieran podido exaltar al naciente Perú. Recién en González Prada — que es posterior a Lavalle — se advierte cierta reversión hacia el espíritu peruano propiamente dicho. Pero es injusticia extrema negar el hecho de que Lavalle hubiera actuado de espaldas completamente al Perú. Ofrece Mariátegui el ejemplo de Palma que murió sus "Tradiciones" en el alma popular, mas no repara en que Lavalle explotó con bastante éxito igual tema e inspirándose en la misma fuente. Prosigue Mariátegui en sus denuestos al afirmar con impudicia que la obra pesada y académica de Pardo y Lavalle ha muerto porque no ha sabido ser popular. Negar el popularismo de Pardo me parece que es absurdo, porque en sus célebres comedias cultivó el mismo género y bebió en las mismas fuentes en que lo hicieran Segura, Palma y Gamarra, a quienes Mariátegui presenta como dechados de acercamiento al pueblo, al demos. Igualmente tachar la obra de Lavalle de pesada y académica es disparate redondo, pues ya se ha visto cuán distante de la pesadez y del academicismo son sus artículos, no muy desemejantes a los de Palma. Si la obra de Lavalle no se lee no es por impedimento intelectual, sino por la prohibición que impone la fuerza mayor de que no se halla al alcance del grueso público, como las obras de Palma.

El argumento de la "Hija del Contador" es el tan utilizado y socorrido de unos amores contrariados por los padres de los amantes. El tema — como ya lo indicó el mismo Palma — es pobrísimo y sin ninguna originalidad; estribando su único valor en las descripciones, pues la reconstrucción de la antañona ciudad de Lima, es en extremo veraz y minuciosa, de suerte que vemos a los personajes y al escenario con nuestros propios ojos, que es precisamente el ideal que persigue la novela según Ortega y Gasset. La equiparaba Palma con aquella primorosa filigrana de Alarcón "El sombrero de tres picos", cuyo argumento por otra parte es bastante parecido al de Lavalle. Realiza esta novela de Lavalle a la perfección el deseo de Maurois de que la novela sea un relato de suce-

sos ficticios. Señala esta producción el climax de la prodigalidad en adornos a que era tan afecto Lavallo, desgraciadamente no todos de muy buen gusto, v.gr. este; "... esa corriente magnética, simbolizada en las flechas de Cupido..." (oz. cit. p. 13) y algunos hipérbatones.

Fué la Hija del contador la última producción de Lavallo. A las ocho de la noche del 16 de noviembre de 1893, se extinguió suavemente — como había transcurrido — la vida de un diplomático destacado, limeñizante y literato mediano (nó en la acepción peyorativa de este vocablo, sino en su estricto sentido) que supo ser en todo momento un gran señor por su alcurnia y su valer.

Al final de este tema universitario, no estimo impertinante ciertas aclaraciones. Es la primera la deficiencia del estilo. Culpa es de la estrechez del tiempo absorbido en su casi integridad por la detenida lectura de toda la producción de Lavallo. Por eso declaro honestamente que todos los juicios que se dan sobre los escritos son frutos de la personal lectura y que pueden ser sometidos a revisión. También creo necesario hacer notar que las guías de mi trabajo han sido algunos apuntes — incompletos en parte — que me facilitó mi estimado amigo Carlos Pareja y la bibliografía de Raúl Porras, con muchos yerros y algunas omisiones que he procurado salvar en la medida de mis escasas fuerzas. Finalmente la defensa que de Lavallo hago con referencia a los desatinados ataques de Mariátegui es susceptible de ampliación, de revisarse con cuidado el mencionado libro del malogrado director de "Amauta". Fué mi propósito en un principio hacer la detenida refutación de las aseveraciones de Mariátegui, mas ni el espacio me lo permite — pues este ensayo ha resultado harto más largo de lo que sospechaba — ni las circunstancias me lo imponen.

Hubiera querido poner al principio de esta composición la fórmula latina: "Lege,quaeso"; que encabezaba todos los escritos de los antiguos alumnos.

Guillermo Lohmann Villena.
